HOLY SEE PRESS OFFICE
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE
BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIEGE
PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLS

BOLLETTINO

SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE

N. 0897

Lunedì 12.12.2016

Santa Messa in occasione della Festa Liturgica della Beata Vergine Maria di Guadalupe

Omelia del Santo Padre

Traduzione in lingua italiana

Traduzione in lingua inglese

Alle ore 18 di oggi, lunedì della III settimana di Avvento, nella Basilica Vaticana, il Santo Padre Francesco ha presieduto la Celebrazione Eucaristica in occasione della Festa liturgica della Beata Vergine Maria di Guadalupe.
Pubblichiamo di seguito l'omelia che il Papa ha pronunciato nel corso della Santa Messa:

Omelia del Santo Padre

«Feliz de ti porque has creído» (Lc 1,45) con estas palabras Isabel ungió la presencia de María en su casa. Palabras que nacen de su vientre, de sus entrañas; palabras que logran hacer eco de todo lo que experimentó con la visita a su prima: «Apenas oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno. Feliz de ti porque has creído» (Lc 1,44-45).

Dios nos visita en las entrañas de una mujer, movilizando las entrañas de otra mujer con un canto de bendición y alabanza, con un canto de alegría. La escena evangélica lleva consigo todo el dinamismo de la visita de Dios: cuando Dios sale a nuestro encuentro moviliza nuestras entrañas, pone en movimiento lo que somos hasta transformar toda nuestra vida en alabanza y bendición. Cuando Dios nos visita nos deja inquietos, con la sana inquietud de aquellos que se sienten invitados a anunciar que Él vive y está en medio de su pueblo. Así lo vemos en María, la primera discípula y misionera, la nueva Arca de la Alianza quien, lejos de permanecer en un lugar reservado en nuestros Templos, sale a visitar y acompaña con su presencia la gestación de Juan. Así lo hizo también en 1531: corrió al Tepeyac para servir y acompañar a ese Pueblo que estaba gestándose con dolor, convirtiéndose en su Madre y la de todos nuestros pueblos.

Con Isabel también nosotros hoy en su día queremos ungirla y saludarla diciendo: «Feliz de ti María porque has

creído» y sigues creyendo «que se cumplirá todo lo que te fue anunciado de parte del Señor» (v. 45). María es así icono del discípulo, de la mujer creyente y orante que sabe acompañar y alentar nuestra fe y nuestra esperanza en las distintas etapas que nos toca atravesar. En María tenemos el fiel reflejo «no [de] una fe poéticamente edulcorada, sino [de] una fe recia sobre todo en una época en la que se quiebran los dulces encantos de las cosas y las contradicciones entran en conflicto por doquier».1

Ciertamente tendremos que aprender de esa fe recia y servicial que ha caracterizado y caracteriza a nuestra Madre; aprender de esa fe que sabe meterse dentro de la historia para ser sal y luz en nuestras vidas y en la sociedad.

La sociedad que estamos construyendo para nuestros hijos está cada vez más marcada por los signos de la división y fragmentación, dejando «fuera de juego» a muchos, especialmente a aquellos a los que se les hace difícil alcanzar los mínimos para llevar adelante su vida con dignidad. Una sociedad que le gusta jactarse de sus avances científicos y tecnológicos, pero que se ha vuelto cegatona e insensible frente a miles de rostros que se van quedando por el camino, excluidos por el orgullo que ciega de unos pocos. Una sociedad que termina instalando una cultura de la desilusión, el desencanto y la frustración en muchísimos de nuestros hermanos; e inclusive, de angustia en otros tantos porque experimentan las dificultades que tienen que enfrentar para no quedarse fuera del camino.

Pareciera que, sin darnos cuenta, nos hemos acostumbrado a vivir en la «sociedad de la desconfianza» con todo lo que esto supone para nuestro presente y especialmente para nuestro futuro; desconfianza que poco a poco va generando estados de desidia y dispersión.

Qué difícil es presumir de la sociedad del bienestar cuando vemos que nuestro querido continente americano se ha acostumbrado a ver a miles y miles de niños y jóvenes en situación de calle que mendigan y duermen en las estaciones de trenes, del subte o donde encuentren lugar. Niños y jóvenes explotados en trabajos clandestinos u obligados a conseguir alguna moneda en el cruce de las avenidas limpiando los parabrisas de nuestros autos..., y sienten que en el «tren de la vida» no hay lugar para ellos. Cuántas familias van quedando marcadas por el dolor al ver a sus hijos víctimas de los mercaderes de la muerte. Qué duro es ver cómo hemos normalizado la exclusión de nuestros ancianos obligándolos a vivir en la soledad, simplemente porque no generan productividad; o ver —como bien supieron decir los Obispos en Aparecida—, «la situación precaria que afecta la dignidad de muchas mujeres. Algunas, desde niñas y adolescentes, son sometidas a múltiples formas de violencia dentro y fuera de casa»2. Son situaciones que nos pueden paralizar, que pueden poner en duda nuestra fe y especialmente nuestra esperanza, nuestra manera de mirar y encarar el futuro.

Frente a todas estas situaciones, así y todos tenemos que decir con Isabel: «Feliz de ti por haber creído», y aprender de esa fe recia y servicial que ha caracterizado y caracteriza a nuestra Madre.

Celebrar a María es, en primer lugar, hacer memoria de la madre, hacer memoria de que no somos ni seremos nunca un pueblo huérfano. ¡Tenemos Madre! Y donde está la madre hay siempre presencia y sabor a hogar. Donde está la madre, los hermanos se podrán pelear pero siempre triunfará el sentido de unidad. Donde está la madre, no faltará la lucha a favor de la fraternidad. Siempre me ha impresionado ver, en distintos pueblos de América Latina, esas madres luchadoras que, a menudo ellas solas, logran sacar adelante a sus hijos. Así es María. Así es María con nosotros; somos sus hijos: Mujer luchadora frente a la sociedad de la desconfianza y de la ceguera, frente a la sociedad de la desidia y la dispersión; Mujer que lucha para potenciar la alegría del Evangelio. Lucha para darle «carne» al Evangelio.

Mirar la Guadalupana es recordar que la visita del Señor pasa siempre por medio de aquellos que logran «hacer carne» su Palabra, que buscan encarnar la vida de Dios en sus entrañas, volviéndose signos vivos de su misericordia.

Celebrar la memoria de María es afirmar contra todo pronóstico que «en el corazón y en la vida de nuestros pueblos late un fuerte sentido de esperanza, no obstante las condiciones de vida que parecen ofuscar toda esperanza».3

María, porque creyó, amó; porque es sierva del Señor y sierva de sus hermanos. Celebrar la memoria de María es celebrar que nosotros, al igual que ella, estamos invitados a salir e ir al encuentro de los demás con su misma mirada, con sus mismas entrañas de misericordia, con sus mismos gestos. Contemplarla es sentir la fuerte invitación a imitar su fe. Su presencia nos lleva a la reconciliación, dándonos fuerza para generar lazos en nuestra bendita tierra latinoamericana, diciéndole «sí» a la vida y «no» a todo tipo de indiferencia, de exclusión, de descarte de pueblos o personas.

No tengamos miedo de salir a mirar a los demás con su misma mirada. Una mirada que nos hace hermanos. Lo hacemos porque, al igual que Juan Diego, sabemos que aquí está nuestra madre, sabemos que estamos bajo su sombra y su resguardo, que es la fuente de nuestra alegría, que estamos en el cruce de sus brazos.4

Danos la paz y el trigo, Señora y Niña nuestra,
Una patria que suma hogar, templo y escuela,
Un pan que alcance a todos y una fe que se encienda
Por tus manos unidas, por tus ojos de estrella. Amen.

---

[1] Romano Guardini, *El Señor. Meditaciones sobre la vida de Jesucristo*, Madrid 2005, 44.

[2] V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento de Aparecida* (29 junio 2007), 48.

[3] V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento de Aparecida* (29 junio 2007), 536.

[4] Cf. *Nicam Mopohua*, 119: «No estoy aquí yo, que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Tienes necesidad de alguna otra cosa?».

[01993-ES.02] [Texto original: Español]

Traduzione in lingua italiana

"Beata colei che ha creduto" (Lc 1,45) con queste parole Elisabetta unse la presenza di Maria in casa sua. Parole che nascono dal suo grembo, dalle sue viscere; parole che riescono a far riecheggiare tutto ciò che sperimentò con la visita di sua cugina: *"Appena il tuo saluto è giunto ai miei orecchi, il bambino ha sussultato di gioia nel mio grembo. E beata colei che ha creduto"* (Lc 1,44-45).

Dio ci fa visita nelle viscere di una donna, muovendo le viscere di un'altra donna con un canto di benedizione e di lode, con un canto di gioia. La scena evangelica porta in sé tutto il dinamismo della visita di Dio: quando Dio ci viene incontro muove le nostre viscere, mette in movimento quello che siamo fino a trasformare tutta la nostra vita in lode e benedizione. Quando Dio ci fa visita ci lascia inquieti, con la sana inquietudine di coloro che si sentono invitati ad annunciare che Egli vive ed è in mezzo al suo popolo. Così lo vediamo in Maria, la prima discepola e missionaria, la nuova arca dell'alleanza che, lontana dal rimanere in un luogo riservato nei nostri templi, esce a far visita e accompagna con la sua presenza la gestazione di Giovanni. Così lo ha fatto anche nel 1531: corse al Tepeyac per servire e accompagnare il popolo che era in gestazione con dolore, diventando Madre sua e di tutti i nostri popoli.

Con Elisabetta anche noi oggi vogliamo ungerla e salutarla dicendo: "Beata colei che ha creduto" e continui a

credere “nell’adempimento di ciò che il Signore le ha detto” (v. 45). Maria è così come icona del discepolo, della donna credente e orante che sa accompagnare e incoraggiare la nostra fede e la nostra speranza nelle diverse tappe che ci tocca attraversare. In Maria abbiamo il fedele riflesso “non [di] una fede poeticamente edulcorata, ma [di] una fede forte soprattutto in un’epoca in cui si spezzano i dolci incantesimi delle cose e le contraddizioni entrano in conflitto ovunque”.1

Certamente dovremo imparare da questa fede forte servizievole che caratterizza nostra Madre; imparare da questa fede che sa entrare dentro la storia per essere sale e luce nelle nostre vite e nella società.

La società che stiamo costruendo per i nostri figli è sempre più marcata da segni di divisione e di frammentazione, lasciando “fuori gioco” tanti, specialmente coloro che hanno difficoltà a raggiungere il minimo indispensabile per portare avanti la propria vita con dignità. È una società alla quale piace vantarsi dei suoi progressi scientifici e tecnologici, ma che è diventata cieca e insensibile davanti a migliaia di volti che restano indietro nel cammino, esclusi dall’orgoglio accecante di pochi. Una società che finisce con il creare una cultura della disillusione, del disincanto e della frustrazione in tantissimi nostri fratelli; e anche di angoscia in tanti altri che sperimentano difficoltà per non restare fuori dal cammino.

Sembrerebbe che senza accorgercene ci siamo abituati a vivere nella “società della sfiducia” con tutto quello che ciò comporta per il nostro presente e specialmente per il nostro futuro; sfiducia che poco a poco va generando stati di indolenza e dispersione.

Quanto è difficile vantarsi della società del benessere quando vediamo che il nostro caro continente americano si è abituato a vedere migliaia e migliaia di bambini e di giovani di strada che mendicano e dormono nelle stazioni dei treni, nei sotterranei della metropolitana o dove riescono a trovare un posto. Bambini e giovani sfruttati in lavori clandestini o costretti a trovare una moneta agli incroci delle strade, pulendo i parabrezza delle nostre auto e sentono che nel “treno della vita” non c’è posto per loro. E quante famiglie continuano a essere segnate dal dolore di vedere i propri figli vittime dei mercanti della morte. Quanto è duro vedere come abbiamo normalizzato l’esclusione dei nostri anziani obbligandoli a vivere nella solitudine, semplicemente perché non sono produttivi; o vedere – come bene hanno detto i vescovi ad Aparecida – “la situazione precaria che colpisce la dignità delle nostre donne. Alcune, da bambine e da adolescenti, sono sottomesse a molteplici forme di violenza dentro e fuori di casa”.2 Sono situazioni che ci possono paralizzare, che possono farci dubitare della nostra fede e specialmente della nostra speranza, della nostra maniera di guardare e affrontare il futuro.

Davanti a tutte queste situazioni, così tutti dobbiamo dire con Elisabetta: “Beata colei che ha creduto”, e imparare da quella fede forte e servizievole che ha caratterizzato e caratterizza nostra Madre.

Celebrare Maria è, in primo luogo, fare memoria della madre, fare memoria che non siamo né mai saremo un popolo orfano. Abbiamo una Madre! E dove è la madre c’è sempre presenza e sapore di casa. Dove è la madre, i fratelli potranno litigare ma sempre trionferà il senso dell’unità. Dove è la madre non mancherà la lotta in favore della fraternità. Sempre mi ha impressionato vedere, in diversi popoli dell’America Latina, quelle madri lottatrici che, spesso da sole, riescono a mandare avanti i figli. Così è Maria. Così è Maria con noi: siamo i suoi figli: Donna lottatrice di fronte alla società della sfiducia e della cecità, di fronte alla società della indolenza e della dispersione; Donna che lotta per rafforzare la gioia del Vangelo. Lotta per dare “carne” al Vangelo.

Guardare la Guadalupana è ricordare che la visita del Signore passa sempre attraverso coloro che riescono “a fare carne” la sua Parola, che cercano di incarnare la vita di Dio nelle proprie viscere, diventando segni vivi della sua misericordia.

Celebrare la memoria di Maria è affermare contro ogni pronostico che *“nel cuore e nella vita dei nostri popoli batte un forte senso di speranza, nonostante le condizioni di vita che sembrano offuscare ogni speranza”*.3

Maria, perché ha creduto, ha amato; perché serva del Signore è serva dei suoi fratelli. Celebrare la memoria di Maria è celebrare che noi come Lei, siamo invitati a uscire e andare all’incontro con gli altri con il suo stesso sguardo, con le sue stesse viscere di misericordia, con i suoi stessi gesti. Contemplarla è sentire il forte invito ad

imitare la sua fede. La sua presenza ci porta alla riconciliazione, dandoci forza per generare legami nella nostra benedetta terra latinoamericana, dicendo “sì” alla vita e “no” a ogni tipo di indifferenza, di esclusione, di scarto dei popoli o di persone.

E non abbiamo paura di uscire a guardare gli altri con il suo stesso sguardo. Uno sguardo che ci fa fratelli. Lo facciamo perché, come Juan Diego, sappiamo che qui c’è nostra madre, sappiamo che siamo sotto la sua ombra e la sua protezione, che è la fonte della nostra gioia, che siamo tra le sue braccia.4

Donaci la pace e il grano, nostra Signora e Bambina,
una patria che unisca casa, chiesa e scuola,
un pane che sia per tutti e una fede che arda
attraverso le tue mani giunte, i tuoi occhi di stella. Amen.

---

[1] R. GUARDINI, *Il Signore, Meditazioni sulla vita di Gesù .*

[2] V Conferenza Generale dell’Episcopato Latinoamericano e dei Caraibi, *Documento di Aparecida*, 48.

[3] V Conferenza Generale dell’Episcopato Latinoamericano e dei Caraibi, *Documento di Aparecida* (29 junio 2007), 536.

[4] Cf. *Nicam Mopohua*, 119: «No estoy aquí yo, que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Tienes necesidad de alguna otra cosa?».

[01993-IT.02] [Testo originale: Spagnolo]

Traduzione in lingua inglese

“Blessed is she who has believed”: with these words, Elizabeth anoints the presence of Mary in her house. Words born of her womb, that come from within; words that manage to echo all that she experienced with the visit of her cousin: “When the sound of your greeting came to my ears, the baby in my womb leaped for joy. And blessed is she who believed”.

God visits us in the womb of a woman, mobilising the womb of another woman with a song of blessing and praise, with a song of joy. The Gospel scene bears all the dynamism of the visit of God: when God comes to meet us He moves us inwardly, He sets in motion what we are until all our life is transformed into praise and blessing. When God visits us, He leaves us restless, with the healthy restlessness of those who feel they have been invited to proclaim what He lives, and is in the midst of His people. This is what we see in Mary, the first disciple and missionary, the new Ark of the Covenant who, far from remaining in the reserved space of our temples, goes out to visit and accompany with her presence the gestation of John. She did so also in 1531: she ran to Tepeyac to serve and accompany this People who were gestating in pain, becoming their Mother and that of all peoples.

With Elizabeth, today too we wish to anoint her and greet her by saying “Blessed is she who has believed”, and continue to believe in “a fulfilment of what was spoken to her from the Lord”. Mary is thus like an icon of the disciple, of the believing and prayerful woman who knows how to accompany and encourage our faith and our hope in the distinct stages we must go through. In Mary we find the faithful reflection not of a poetically sweetened faith, but of a strong faith especially at a time when the sweet enchantments of things are broken and

there are contradictions in conflict everywhere.1

We will certainly have to learn from that strong and helpful faith that characterised and characterises our Mother; to learn from this faith that knows how to get inside history so as to be salt and light in our lives and in society.

The society we are building for our children is increasingly marked by signs of division and fragmentation, leaving many people out of play, especially those who find it difficult to obtain the minimum necessary to lead a dignified life. A society that likes to vaunt its scientific and technological advances, but that has become blind and insensitive to the thousands of faces that are there along the way, excluded by the blind pride of the few. A society that ends up establishing a culture of disillusionment, disenchantment and frustration in many of our brothers, and even anguish in many others due as they experience the difficulties they need to face so as not to lose their way.

It would seem that, without realising, we have become used to living in a society of distrust, with all that this presupposes for our present and especially for our future; distrust that gradually engenders states of apathy and dispersion.

How difficult it is to boast of our society of wellbeing when we see that our dear American continent has become used to seeing thousands and thousands of children and young people on the streets, begging and sleeping in railway stations, in the subway or wherever they find space. Children and young people exploited in illegal work or driven to seeking a few coins at crossroads, cleaning the windshields of our cars … and they feel that the 'train of life' has no place for them. And how many families are scarred by the suffering of seeing their children made victims of the merchants of death. How hard it is to see how we have normalised the exclusion of our elderly, leaving them to live in solitude, simply because they are not productive, or to see, as the bishops in Aparecida well knew, "the precarious situation that affects the dignity of many women. Some, since childhood and adolescence, are subject to many forms of violence inside and outside the home".2 They are situations that can paralyse us, that can cast doubt on our faith and especially our hope, our way of looking towards and facing the future.

Faced with all these situations, we must say with Elizabeth, "Blessed is she who has believed", and to learn from this strong and helpful faith that characterised and characterises our Mother.

Celebrating Mary is, first and foremost, making memory of the mother, remembering that we are not and never will be an orphaned people. We have a Mother! And where there is the mother, there is always the presence and flavour of home. Where there is the mother, brothers may fight but the sense of unity will always prevail. Where there is the mother, the struggle for fraternity will not be lacking. I have always been impressed to see, in different peoples of Latin America, those struggling mothers who, often alone, manage to bring up their children. This is how Mary is. This is Mary with us: we are her children. A woman who fights against the society of mistrust and blindness, the society of apathy and dispersion; a woman who fights to strengthen the joy of the Gospel, who fights to give "flesh" to the Gospel.

To look at the Guadalupana is to recall that the visit of the Lord always passes through those who manage to "make flesh" His Word, who seek to embody the life of God within themselves, becoming living signs of His mercy.

To celebrate the memory of Mary is to assert against all odds that "in the heart and life of our peoples there is a strong sense of hope, notwithstanding conditions of life that seem to overshadow all hope".3

Mary, because she believed, loved; because she is the handmaid of the Lord and the servant of her brothers. Celebrating the memory of Mary is to celebrate that we, like her, are invited to go out and meet others with the same gaze, with the same mercy within, with their same gestures. To contemplate her is to feel the strong invitation to imitate her faith. Her presence leads us to reconciliation, giving us the strength to create bonds in our blessed Latin American land, saying "yes" to life and "no" to all kinds of indifference, exclusion, or the rejection of peoples and persons.

And let us not be afraid to go out and look upon others with the same gaze. A gaze that makes us brothers. We do so because, like Juan Diego, we know that here is our mother, we know that we are under her shadow and her protection, which is the source of our joy, and that we are in the cross of her arms.4

Give us peace and wheat, our Lady and Child,
A homeland that unites home, Church and school,
A bread that is for all and a faith that burns,
Through your joined hands, and your eyes like stars. Amen.

_____

[1] R. GUARDINI, *Meditations on the Christ.*

[2] Fifth General Conference of the Bishops of Latin America and the Caribbean, *Aparecida Document*, 48.

[3] Fifth General Conference of the Bishops of Latin America and the Caribbean, *Aparecida Document*, (29 June 2007), 536.

[4] Cf. *Nicam Mopohua*, 119: «No estoy aquí yo, que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Tienes necesidad de alguna otra cosa?».

[01993-EN.02] [Original text: Spanish - working translation]

[B0897-XX.02]